

TIEMPO DE NAVIDAD

«El tiempo de Navidad constituye una prolongada memoria de la maternidad divina, virginal, salvífica de Aquella "cuya virginidad intacta dio a este mundo un Salvador" (MR, Plegar. Eucar. I, En comunión, en la Natividad del Señor): efectivamente, en la solemnidad de la Natividad del Señor, la Iglesia, al adorar al divino Salvador, venera a su Madre gloriosa» (Marialis cultus, 5).

En los sábados del tiempo de Navidad, cuándo se permite la celebración de una memoria libre, se puede celebrar la memoria de santa María.

Invitatorio

Ant. Vengan, adoremos a Cristo,
nacido de la Virgen María.

El salmo invitatorio como en el Ordinario.

Oficio de lectura

HIMNO

Atiende a nuestros deseos;
ven, Señor, a nuestras almas
y con tu diestra protege
estos coros que te cantan.

Tu naciste de la Virgen
para salvarnos por gracia;
danos un corazón puro,
castidad de cuerpo y alma.

Tu, entre todas las mujeres,
Madre bienaventurada,
ínclita Madre de Dios,
escucha estas alabanzas.

Tu por obra del Espíritu
en tus vírgenes entrañas
llevaste al Rey de los siglos,
de David excelsa raza.

Él, en tu seno purísimo,
infante se alimentaba,
quien de la tierra y los cielos
es la gloria y la esperanza.

Y presentaste en el templo,
cumpliendo la ley mosaica,
al Príncipe del empíreo
en tus brazos, Virgen santa.

En tu regazo al mirarlo
los Magos a su llegada
como Dios y Rey lo adoran
ofreciéndole sus dadas.

Para ti, Jesús, la gloria,
nacido de Madre casta,
con el Padre y el Espíritu
por los siglos te sea dada. Amén.

Las antífonas, los salmos, el versículo y la primera lectura con su responsorio se toman del sábado correspondiente.

SEGUNDA LECTURA

De los Sermones de san Máximo de Turín, obispo

(Sermón 61,1-3: CCL 23, pp. 257-258)

María es el modelo de nuestras almas

Nuestros corazones, hermanos, están aun rebosantes de la alegría de la Navidad y desean prolongarla en las eternas fiestas del cielo. Aunque ya ha pasado aquel día tan deseado, continua, sin embargo, su efecto santificador en nosotros; y como el Salvador, desde que nace, va creciendo de día en día, así también va creciendo en nosotros la intensidad de la fe en él, aumentando progresivamente nuestra edad a la par que nuestra salvación. En efecto, el Señor crece para sí en edad, para nosotros progresa en santidad, no en el sentido de que aumente la santidad de Cristo, que es eterna y perfecta, sino en el sentido de que hace acrecentar nuestra fe. Porque Cristo, aunque después de su nacimiento sea un niño pequeño, no deja de ser el Dios de majestad.

Todavía, pues, continua repercutiendo en nuestros ánimos la alegría de la fiesta del Señor, y esta alegría nos hace prorrumpir en las mismas palabras que dijeron los ángeles en el nacimiento de Cristo: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14).

Fijaos en las palabras que dijeron los ángeles: no dijeron «paz a los hombres», es decir, a los hombres en general, sino «a los hombres de buena voluntad», para que comprendiéramos que la paz de Cristo no se da a los hombres sin más, sino a los hombres de buena conducta. Esta paz no se nos transmite por generación, sino que se conquista con la voluntad; no la obtiene la malicia, sino la bondad del hombre; no es un don que se otorgue indistintamente a todos, sino que hay que optar libremente por él. Por tanto, la paz de Cristo es para quien cree que Cristo es el autor de la paz; la paz de Cristo es para quien no está sujeto al dominio del pecado; la paz de Cristo está en aquellos cuya voluntad está limpia de toda idolatría.

Solamente una voluntad inmune del maligno puede poseer al Salvador engendrado de una virgen sin mancha; y como María lo llevó en su seno purísimo, así también nuestra alma debe guardarlo con toda limpieza. María es tipo y modelo de nuestras almas. En efecto, como Cristo quiso la virginidad en la madre, así busca en nosotros la integridad del amor. El alma, virgen del pecado, concibe y da a luz al Salvador cuándo proclama su mensaje; lo custodia cuándo observa los mandamientos. La fe lo concibe, el testimonio lo da a luz, el amor lo custodia.

Alegrémonos, pues, en esta fiesta: el esplendor de los ángeles anuncia el nacimiento de Cristo; la sencillez de los pastores lo busca; la religiosidad de los magos lo venera. En Cristo los ángeles honran a Dios, la inocencia de los pastores al Cordero, la veneración de los magos al Sacerdote. En verdad los magos adoran a Cristo como sacerdote: este misterio encuentra confirmación en la naturaleza de sus dones. Ellos ofrecieron, en efecto, lo que de sus dones consideraron más digno de él: oro, incienso y mirra. El oro como símbolo de su realeza, la mirra

como anuncio de su resurrección, el incienso como signo de adoración de su divinidad. El oro significa el poder, la mirra designa la inmortalidad, el incienso indica el sacerdocio.

RESPONSORIO

cf. Is 9, 6; Ef 2, 14. 18

R/. Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva sobre sus hombros el Señorío * Y será llamado:

«Consejero admirable», «Dios poderoso», «Padre sempiterno» y «Príncipe de la paz».

V/. Cristo es nuestra paz, por medio de él tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu.

R/. Y será llamado: «Consejero admirable», «Dios poderoso», «Padre sempiterno» y «Príncipe de la paz».

O bien:

De las Homilías de san Jerónimo, presbítero

(Homilía sobre la Natividad del Señor: CCL 78, pp. 524-527)

La pobreza de María y José

Y lo acostó en un pesebre, porque no habían hallado lugar en la posada (Lc 2, 7). [...] Que se consuele el pobre. José y María, la madre del Señor, no tenían ni criado ni criada: vienen solos desde Nazaret de Galilea, no tenían ni siquiera un asno; ellos mismos eran amos y criados. Algo inaudito, entran en la posada, no en la ciudad: la timidez de la pobreza no les permite entrar en el ambiente de los ricos. [...] En ninguna parte había un lugar disponible para el nacimiento del Salvador, excepto en un pesebre; en un pesebre que servía de reparo a las bestias de carga: asnos y bueyes. ¡Oh si me fuera dado ver aquel pesebre en el cual yació el Señor!

Nosotros ahora, por el deseo de honrar a Cristo, hemos quitado el barro y hemos puesto plata en su lugar; más para mí, es de mucho más valor el barro desaparecido. La plata y el oro se compaginan con el paganismo: la fe cristiana, en cambio, se aviene mejor con el barro del pesebre. El que nació en este pesebre, condena el oro y la plata. Yo no condeno a los que hicieron esto para honrar a Cristo (como tampoco condenó a los que han hecho vasos de oro para el templo), pero admiro al Señor que, siendo el creador del mundo, no nace entre el oro y la plata, sino en el barro.

Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño (Lc 2,8). No hallan a Cristo sino aquellos que velan: pues velar es propio de pastores. Cristo no se deja hallar sino solo de aquellos que vigilan como los pastores. Por eso dice la esposa: Yo duermo, pero mi corazón están despierto (Cant 5, 2). No duerme ni reposa el guardián de Israel (Sal 120, 4). Había en la comarca unos pastores; estaba también Herodes, estaban los sacerdotes y los fariseos: pues bien, mientras éstos dormían, Cristo es hallado en un lugar solitario.

Vigilaban por turno durante la noche su rebaño (Lc 2, 8). Guardaban el rebaño para que el lobo no los fuera a atacar por sorpresa durante el sueño, y por eso vigilaban mucho, porque las bestias acechaban continuamente al rebaño. Vigilaban como si se tratase del rebaño del Señor, pero no eran capaces de conservarlo: por eso rogaban al Señor que viniera a salvar a su rebaño.

Y un ángel del Señor se les presento (Lc 2, 9). Quienes así velaban eran dignos de que los visitara un ángel.

La gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de temor (Lc 2, 9). El temor no es capaz de soportar una visión sobrehumana. Y así, porque estaban de tal modo atemorizados, se les dice, a manera de medicina que cure su temor: *No teméis (Lc 2, 10): no podéis escuchar lo que estoy diciendo, si antes no alejáis de vosotros el temor.*

Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor (Lc 2,11). Sobre esto habría mucho que decir. Estando ellos admirados, de pronto se junto con el ángel una

multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo... (Lc 2, 13). Un solo ángel había anunciado el nacimiento del Señor; pero para que no pareciera que este testimonio quedaba reducido al de uno solo, se le une todo el ejército celestial y dice: *Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lc 2, 14).* Observad lo que dice el texto. Gloria a Dios en el cielo, donde no hay disensión alguna. Paz en la tierra, en donde hay querrás cada día. Paz en la tierra: pero ¿entre quiénes esta la paz? Entre los hombres. ¿Y por qué los paganos no tienen la paz? [...] Por esto añade: Paz a los hombres de buena voluntad, es decir, a los que reciben a Cristo nacido.

Y encontraron a María y a José (Lc 2, 16): encontraron a María, su madre, y a José, el padre nutricio. *Y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las comparaba en su corazón (Lc 2, 16-17.19).* ¿Por qué se dice que las comparaba? Al parecer, debía decir: «guardándolas en su corazón», o bien: «las consideraba en su corazón y las fijaba en su mente». Pero el texto dice: las comparaba en su corazón: porque María era santa, y había leído las Sagradas Escrituras, y conocía a los profetas, y recordaba que el ángel Gabriel le había dicho lo que estaba escrito en los profetas. Ella comparaba en su corazón las palabras de los profetas con las que había escuchado: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te envolverá como una nube; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc 1, 35),* para ver si concordaban unas y otras. Esto es lo que había dicho Gabriel. Isaías había predicho: *He aquí que la virgen concebirá y dará a luz (Is 7, 14).* Estas palabras del profeta las había leído, las del ángel las había escuchado. Ahora verá al niño acostado en el pesebre, veía a un niño que lloraba: era el Hijo de Dios, era su hijo, el hijo único: lo veía allí acostado, y comparaba lo que había escuchado con lo que ahora veía.

RESPONSORIO

cf. Mt 8, 20; Lc 2, 7

R/. Jesús dijo al escriba: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, * El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».

V/. Cuándo nació Jesús, su Madre lo acostó en un pesebre.

R/. «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».

O bien:

De las Homilias de san Beda el Venerable, presbítero

(Lib. I, 7: CCL 122, pp. 49-51)

María escudriñaba en silencio el significado de aquellos misterios

María (por su parte) guardaba todas estas cosas, y las comparaba en su corazón (Lc 2,19). María, custodiando el privilegio de la pureza virginal, no quería dar a conocer a nadie los misterios de Cristo, sino que aguardaba con reverencia el tiempo y el modo en los que el Señor los habría de revelar; ella escudriñaba en silencio, pero con el corazón atento, el significado de aquellos misterios. Y éste es el sentido de la expresión: las comparaba en su corazón. Ella comparaba, en efecto, los hechos acaecidos con los que - como había leído - se habían de cumplir.

Por una parte, veía que ella era de la estirpe de David y que en Nazaret había concebido al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Por otra, había leído en el profeta: *Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, de su raíz brotará un vástago. Sobre él se posará el Espíritu del Señor (Is 11, 1-2).*

Había leído: *De ti, Belén de Efrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti me saldrá el jefe de Israel. Su origen es antiguo, de tiempo inmemorial (Miq 5, 2).* Y veía que ella había dado a luz en Belén al jefe de Israel, Dios engendrado por el Padre antes de todos los siglos. Veía que ella, siendo virgen, había concebido y dado a luz a un hijo, al que había puesto el nombre de Jesús.

Y había leído en los profetas: *Mirad: la virgen ha concebido y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (Is 7, 14).*

Había leído: *Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo (Is 1, 3).* Y ahora veía al Señor recostado en un pesebre donde suelen comer el buey y el asno.

Recordaba las palabras que el ángel le había dicho: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te envolverá como una nube; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc 1, 35).* María había leído que el modo del nacimiento del Señor solo podía ser conocido por el ángel, según las palabras de Isaías: *¿Quién explicará su generación? (Is 53, 8).* [...]

María comparaba, pues, las profecías que había leído en la Escritura con los acontecimientos ya sucedidos, no manifestándolos a nadie sino conservándolos en lo hondo del corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho (Lc 2, 20). Aprendamos también nosotros, amadísimos hermanos, partiendo de la contemplación de los designios de Dios, a vivir en perenne acción de gracias.

Si los pastores, que solo habían conocido el nacimiento del Señor, se volvieron glorificando y alabando a Dios por lo que habían oído y visto, con mayor razón nosotros, que hemos conocido toda la historia de la encarnación y, por medio de los sacramentos, hemos sido incorporados a este misterio, debemos glorificarlo y alabarlo con las palabras y los hechos. No olvidemos que Dios se hizo hombre para restituirnos a su imagen y semejanza: fue bautizado en el Jordán para fecundar todas las aguas y darles el poder de lavar nuestros pecados; fue tentado en el desierto para que, venciendo al demonio, nos diera también a nosotros la pericia y la fuerza de vencerlo; murió para destruir el reino de la muerte; resucitó y subió al cielo para anticipar nuestra resurrección de entre los muertos y darnos la esperanza de reinar para siempre con él.

RESPONSORIO

cf. Lc 2, 17-20

R/. Los pastores dieron a conocer lo que les habían dicho de aquel niño; todos quedaron maravillados de lo que les decían. * Y los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto.

V/. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las comparaba en su corazón.

R/. Y los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

HIMNO

A nuestro padre primero
da Eva la fruta letal,
y con probarla contagia
su futura descendencia.

Resarce el daño María
del Santo Espíritu llena,
da a luz a Dios; quien es pan,
como alimento se entrega.

Desde que a Jesús los ángeles

en el pesebre celebran, .
más que en el nombre, Belén
en «casa del pan» se trueca.

Arrullando al Pequeñuelo
junta alegrías y penas;
pues lo inmola como víctima
porque nuestra salud sea.

Oh, salve, mística Espiga
de trigo de vida plena,
vara de Jesé florida,
vaso que el mana conserva.

Loor sea a ti, Jesús,
que naciste de María;
al Padre y al Espíritu,
alabanzas sempiternas. Amén.

Las antífonas y los salmos del sábado correspondiente.

LECTURA BREVE

Gal 4, 4-5

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estábamos bajo la ley a fin de hacernos hijos suyos

RESPONSORIO BREVE

R/. La vara de Jesé ha florecido: la Virgen ha dado a luz al Hombre-Dios. " Aleluya, aleluya.

La vara de Jesé ha florecido: la Virgen ha dado a luz al Hombre-Dios, aleluya, aleluya.

V/. Dios nos ha devuelto la paz, reconciliando en Cristo el cielo y la tierra. " Aleluya, aleluya.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

La vara de Jesé ha florecido: la Virgen ha dado a luz al Hombre-Dios, aleluya, aleluya.

Benedictus, ant.

Dichosa tu, Madre:
acogiendo el anuncio del ángel,
concebiste al Verbo encarnado.
Dichosa tu, Discípula,
meditando en el corazón la Palabra,
aprendiste el misterio de Dios.

PRECES

Dirijamos nuestras súplicas a Dios Padre, cuyo Hijo Jesús, la Virgen concibió por la fe y el Espíritu.

Digamos juntos:

Se abran, Señor, nuestros corazones a tu Palabra.

Oh Dios, cuyo eterno Reflejo la Virgen dio a luz en este mundo,

- concédenos, al amanecer de este día, caminar siempre en la luz de Cristo.

Tu quisiste que de María, tierra virgen, naciese Cristo Jesús, el hombre nuevo,
- haz que nosotros, depuesta la malicia del antiguo pecado, guardemos íntegra la dignidad de la nueva creatura.

Tu dispusiste que tu Hijo, rico en el cielo, naciese pobre de la Virgen María y fuese depuesto en un pesebre,
- concédenos la gracia de amar la sencillez y preferir la compañía de los humildes.

Tu elegiste a santa María para darnos a Cristo, pan de vida, - que nos alimenta sin cesar con su Palabra y nos sacia con su Cuerpo y su Sangre.

Tu, por medio de tu humilde Sierva, has dado al mundo el Príncipe de la paz y el Maestro de justicia,
- haz que seamos siempre artífices de paz y de justicia.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

[Concluyamos nuestras preces con la oración del Señor, en la que pedimos el «pan de cada día», alimento para el cuerpo y el espíritu:]

Padre nuestro.

ORACIÓN

Dios todopoderoso, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión materna de la que nos ha dado a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida. Que vive y reina contigo.